

Artículos centrales

Enemistad como fase cognitiva superior de la perplejidad.

Diego Sztulwark^a

Fecha de recepción: 29 de mayo de 2024
Fecha de aceptación: 3 de junio de 2024
Correspondencia a: Diego Sztulwark
Correo electrónico: dsztulwark@gmail.com

- a. Lic. en Ciencias Políticas Universidad de Buenos Aires. Escribe para el blog Lobo Suelto, revista Anfibia, forma parte del equipo editor de Tinta Limón Ediciones. Columnista en Radio La Tribu y Radio Las Madres.

Resumen:

En el artículo se trabaja sobre la idea del giro brutalista que expresa el fenómeno de la ultraderecha en el poder difunde y se alimenta de un poderoso estado de perplejidad y desconcierto en que se han sumido las fuerzas democráticas y populares. Por otro lado se plantea, a siete meses del gobierno de Milei, la cuestión de un balance sobre los modos de conocimiento social que permiten comprender lo inesperado -o incluso: entender lo inaceptable-, pero también de crear nuevas formas de enemistad que permitan integrar investigaciones y lucha social en Argentina.

Palabras clave: Derecha extrema - Vida política - Gramática moral.

Summary

The article works on the idea of the brutalist turn that expresses the phenomenon of the extreme right in power, spreads and is fed by a powerful state of perplexity and confusion in which the democratic and popular forces have been plunged. On the other hand, seven months after the Milei government, the question of a balance on the modes of social knowledge that allows us to understand the unexpected - or even: understand the unacceptable - is raised, but also of creating new forms of enmity that allow us to integrate investigations and social struggle in Argentina.

Key words: Extreme right; Political life; Moral grammar.

Un retorno difícil

Escribo lo que sigue para un universo de lectores que creyó que la Argentina contaba con suficientes anticuerpos como para soportar momentos socialmente extremos sin concederle el triunfo político de las derechas más extremas. Esos anticuerpos no son por supuesto otra cosa que una serie de contra-narraciones -así las llamó Ricardo Piglia-, la más notables de las cuales fue para generaciones enteras la de las Madres de Plaza de Mayo y los organismos que junto a ellas conformaron los movimientos de derechos humanos. El prefijo "contra", procede del hecho de que la narración de las madres surgió precisamente oponiéndose a la del Estado. Ahí dónde el Estado asesinaba y ocultaba su acción, preguntar por aquellos cuerpos equivalía a desafiar al extremo a la tiranía. De ahí que la contra narración de aquellas primeras madres haya quedado asociada a la locura.

Aun sabiendo lo que ocurría en buena parte del mundo, la expansión de una derecha radicalizada que llegaba al poder en Brasil y en Italia, en EE.UU y en Israel, en Hungría o en la India, nos creíamos relativamente a salvo de esos extremos porque nos habíamos acostumbrado a empujar interpretaciones políticas a contrapelo. Fue lo que ocurrió, por ejemplo, en 2001. A tres meses del atentado contra las Torres Gemelas, que exacerbó la ira de los aparatos del terror militar de las potencias occidentales, la Argentina afrontaba una salida inédita (sin participación del Partido Militar) a una de sus peores crisis sociales y políticas. Una salida que podemos llamar democrática no sólo porque fue resuelta en el ámbito de la política parlamentaria y sin acudir a los cuarteles -como en el pasado-, sino sobre todo por la participación masiva y asambleística de movimiento piqueteros, de trabajadores que ocuparon sus fábricas, de los clubes del trueque y/o los ahorristas.

Acostumbrados a vivir la política no como mera recepción de tendencias globales, sino a partir de una fuerza de resistencia capaz de operar desvíos -aunque por momentos mínimos- sobre los dictados del mercado mundial, podíamos darnos el lujo -al menos hasta 2015, algunos hasta 2021- de creer que la política era un instrumento efectivo para la contención de las versiones más extremas del mal. No fue así, y el hecho de que la realidad nos haya desmentido nos enfrenta a una serie de problemas que no queremos disimular ni acallar. Pero para avanzar en este camino establezcamos una premisa: si uso aquí la primera persona del plural, es menos para hablar de lo que cada quien -en este caso

yo- ha creído en cada coyuntura precisa. Y más de las creencias efectivas que han organizado la realidad estos años. Quiero decir: las creencias a las que me refiero no son realidades individuales, de tipo identitarias ni psicológicas. No me refiero a la conciencia ni a las opciones de cada quien, sino a la fantasía colectiva que organizó la realidad de una cierta época. Lo que organizó las conductas efectivas.

Es sobre el contenido y la forma misma de esas creencias que tenemos que volver, para preguntarnos si fueron ellas en su contenido o en su forma de capturarlas las que distorsionaron nuestras percepciones y para comprender cuál es el aprendizaje que pueda devolvernos sin las ilusiones que nos engeguicieron al campo de un enfrentamiento que se nos impone mucho más allá de nuestra voluntad. Porque parto de la idea de que las contra-narraciones en las que aprendimos a vivir la política como un tipo de enemistad diferente -diferente no quiere decir contraria- a la que se desarrolló en los años setentas es una fuente de inspiración -sino para todos, si seguramente para muchos- a la hora de descubrir la fuerza que puede impedir desde abajo que los consensos impuestos por arriba consoliden un tiempo de puro horror. Se trata, por lo tanto, de un *retorno difícil*. Que supone localizar qué en nuestras maneras de creer *falló* desconectándonos del proceso histórico, dejándonos en el actual estado de estupor. La hipótesis que me parece que vale la pena considerar es que, en algún momento nuestros modos de creer entraron en conflicto con la eficacia cognitiva propia de los procesos de enemistad que habilitaron los momentos más interesantes de la vida política popular de las últimas décadas.

2015 + 2021 = 2023

La victoria política de Cambiemos en 2015 fue un aviso. Volvíamos a constatar lo que ya sabíamos: el neoliberalismo -términos que siempre debe ser precisado, pero la idea de que la competencia empresarial de mercado es la molécula más adecuada para pensar el lazo social- no es una fuerza política que gana y pierde elecciones, sino una creencia compartida que emana de la estructura social y se recompone desde ahí luego de cada una de sus crisis. La reducción del balance entonces indispensable, a mero balance electoral fue sumamente perjudicial. La cuestión no era entender por qué se perdió por un punto y monedas una elección, sino sacar conclusiones sobre los límites de un proceso político que dando todo lo que podía dar no había revertido el patrón de

acumulación que exporta el excedente producido en el país, endeuda a la nación y conduce cada vez a nuevas secuencias de crisis y desposesión al conjunto de los asalariados formales e informales de la economía.

Luego de la pandemia y tras elecciones de medio término de 2021 la distorsión volvía a repetirse. El resultado de aquellos comicios dejaba en claro el repliegue de parte del voto popular, que abandonaba toda relación positiva no solo con el entonces Frente de Todos, sino también con la representación política convencional. Quedaba a la vista que no había manera de torcer la tendencia electoral negativa que surge de sumar Frente de Todos más votos de izquierda. Hubiera hecho falta un giro político extremo, quizás incluso un conflicto con los acreedores externos (FMI). Pero esa posibilidad hubiera podido aprovecharse cuando, en momentos realmente excepcionales -la pandemia lo fue-, en los que el presidente (por entonces Alberto Fernández) gozaba de altísima popularidad. Desperdiciada esa oportunidad, solo fue posible administrar la crisis. Esa sucesión de calamidades que fueron -luego de la pandemia- la guerra y la sequía. La sorpresa de 2023 no fue por tanto estrictamente electoral, sino de otro orden. Habíamos caído en una trampa muy difícil de desarmar. Insisto de nuevo en que me refiero a las conductas colectivas efectivas y no a aquello que en cada uno de esos momentos cada quien pensaba para sí y sus próximos. Esa trampa -montada ya en la selección de Alberto Fernández como candidato presidencial- puede formularse del siguiente modo: para vencer electoralmente a Macri en 2019, era preciso hipotecar toda chance de transformación real. En ausencia de programa, queda la gestión improvisada. La candidatura de Sergio Massa en 2023 concretaba sobre fondo de una tragedia prolongada, los términos de aquella encerrona. La única manera de contar contra la derecha extrema fue votar al candidato peronista, pero al hacerlo nos anoticiábamos de hasta qué punto nos alineábamos -contra nuestras ideas, convicciones y trayectorias- en el curso de una política que desde el comienzo había trivializado aquellas contra historias que constituyeron nuestra formación política.

2023 fue el año de las tres elecciones presidenciales. En las Paso ganó Milei, en las generales Massa, en la segunda vuelta Milei. Fueron meses traumáticos. En particular, aquellos que fueron de la primera vuelta a la segunda. Fue allí que debimos afrontar lo que no habíamos querido aceptar. Entre 2001 y 2023 el país había cambiado. Ninguno de los grandes temas de 2001 (en particular la precarización del trabajo) había dado

lugar a una verdadera transformación. Las grandes innovaciones -en particular aquellas de base tecnológica- habían sido articuladas de modo ultra-neoliberal. El modo de acumulación por desposesión, monocultivo y neo-extractivo no se había revisado. La Cuarentena no hizo sino provocar un doble encierro -encierro en las casas (quienes y mientras pudimos hacerlo), y encierro en la máquina pantallas/nube, acelerando la ya muy comentada inmersión mental en el universo de las APP y los algoritmos. El primero de ellos, regidos por imperativos de salud pública, fue vivido por parte de la sociedad como una imposición dictatorial. El segundo en cambio, como el acceso a un lenguaje codificado en términos ultra individuales de *libertad*. Como supo decir muy bien Liliana Herrero: del encierro en las casas supimos salir. Pero del segundo encierro no. Seguimos ahí.

Entre la cuarentena y el triunfo de la derecha extrema hubo un episodio político clave, devaluado en las narraciones sobre la perplejidad: el intento de asesinato de Cristina Fernández de Kirchner el 1 de septiembre de 2022. La imagen de disparo fallido del arma de Fernando Sabag Montiel tuvo un efecto doblemente impactante: nos hizo saber que las consignas y representaciones de las militancias no eran capaces de movilizar a un pueblo en defensa de lo que consideraban su líder, y la reacción política oficial -inconsistente en denunciar a la oposición por promover un discurso de "odio", al mismo tiempo que un "pacto democrático" que jamás nadie se interesó por firmar- dio la pista a los enemigos políticos sobre la debilidad relativa de esa formación política, entonces en el gobierno.

Una vez decantado el triunfo de la fórmula Milei-Villaruel muchos de nosotros nos convertimos a las apuradas en estudiosos de la llamada extrema derecha. Comenzamos a releer con detenimiento lo que habíamos apenas pispiado en libros como el de Pablo Stefanoni o *El loco* de Juan González, que apenas si habíamos curioseado como al pasar, como quien echa el ojo a una rareza que no habla de nosotros. Nos devoramos los libros de Éric Sadin para enterarnos sobre el modo en que las nuevas tecnologías actuaban como equipamiento del nuevo individuo emprendedor y a Pablo Seman y su equipo, para ver lo que no habíamos visto sobre el nuevo espíritu "mejorista" del capitalismo argentino. Y debimos taparnos la nariz para examinar de cerca cómo era que personajes de la talla de Nicolas Márquez o Agustín Laje vendían tantos libros, analizar los puntos en común entre Vox y el trumpismo, y aprender a reconocer la lógica interna de los discursos de Murray Roth-

bard que inspiran los discursos "libertarios" del nuevo presidente. Y todo eso para concluir lo que era evidente: que nada en la retórica de aquellos líderes, intelectuales y movimientos de la ultraderecha nos harán comprender el giro que pegaron las masas que se decidieron a creer en ellos y a prestarles apoyo. Que el "giro brutalista", como le llama Franco "Bifo" Berardi es incomprensible sin considerar como el capitalismo actual promueve en todas partes el crecimiento de la desigualdad social, la intervención de nuevas tecnologías de la comunicación y el papel de una afectividad de tipo inmediata, que no encuentra mediaciones democráticas en las que procesar su propia desesperación. Se trata, por cierto, de una situación de alcance global. Pero eso de ningún modo significa que esa tendencia deba ser explicada por fuera de las escenas nacionales específicas, que precisan ser descripta en el plano de la formación de las audiencias de la ultraderecha tanto como el de las técnicas que le han permitido capturarlas.

La derecha extrema en el poder

Para elaborar un diagnóstico más detallado de la estrategia de la ultraderecha en el poder vale la pena repasar lo que ocurrió en Brasil. En su libro "*Bolsonarismo y extrema derecha global*" Rodrigo Nunes ofrece claves valiosas para aprender del contraste entre la consolidación de esa fuerza -que, si bien ya no gobierna el Estado Federal, sí se mantiene como una poderosa y desafiante segunda fuerza- y nuestro presente actual. Enumero y comento algunas de esas claves que pueden resumirse en estos aspectos:

--Luego de la crisis financiera de 2008, las élites neoliberales globales saben dos cosas: han quedado políticamente deslegitimadas ya que no tienen alternativas que ofrecer. Su reacción fue arremeter. Un *aceleracionismo reaccionario*. La globalización en crisis busca desde entonces mecanismos de compensación que le permitan deshacerse de mecanismos de desregulación pública por medio de una distribución privada y violenta del poder social. En Brasil uno de estos mecanismos es el *paternalismo* social, que actúa gestionando merecimientos por fuera -por encima- de la ley. Nunes llama a este tipo de acción de las autoridades informales *capitalismos de capataz*.

--Desde entonces se ha ido estableciendo una "gramática moral" que permite reunir narraciones surgidas de la experiencia de clases sociales diferentes. En torno al

individualismo emprendedor y al punitivismo se han producido puntos de encuentro entre contingentes sociales empobrecidos que ya no esperan más nada de la promesa democrática, y élites derechistas que tampoco están dispuestas a concesión democrática alguna. Se trata de una *gramática moral* que se funda en la sustitución de las aspiraciones igualitarias de las izquierdas por una nueva *pasión desigualitaria* presente en la base tanto como en la cima de la sociedad.

--Para administrar esta gramática ha sido clave la sustitución de una imagen izquierdista que adjudica la injusticia vivida como lucha de clases por otra en la que se trata de efectivizar por abajo una *revancha* contra grupos sociales -diferencias sexuales, de forma de vida, de ingresos- concebidos como *privilegiados*, y por arriba una concordancia moral y cultural entre derechas conservadoras y liberales.

-- La constitución de la narración extremo-derechista logra hacer sentido, resuena con la crudeza de la vida popular y con las apetencias de orden y ganancias de las élites. Se nutre de unos sentimientos "antisistema" -con el que las izquierdas no se han tramado-, a los que involucra en una paradójica "revuelta *conformista*". La ultraderecha pone en marcha una política que capta afectos antisistémicos y los articula con la falta de creencias en que el sistema pueda ser realmente transformado.

-- En esa narrativa juega un papel fundamental las técnicas de comunicación como la de la *doble comunicación* y la *máscara Troll*. Son procedimientos de disociación afectiva que permiten la ridiculización y el doble discurso, distinguiendo entre un sentido interno (dirigido a los propios) y otro "externo", al que se pone cada vez a prueba para definir qué es verdad y hasta donde el público está dispuesto a seguir el juego. Se trata de una "osadía provocadora" que avanza desplazando límites. Otro aspecto del éxito de esas narraciones es la apropiación del discurso del *complot*, asociado siempre a la movilización del resentimiento. El conspiracionismo no hace sino personificar el funcionamiento de las fuerzas del sistema. Allí donde el capital desposee se echa la culpa a grupos precisos como los negros, las mujeres, los homosexuales, los favelados, los vagos que reciben ayuda social, los políticos, etc.

-- El discurso politológico y periodístico sobre la "polarización", que ha encubierto el carácter unilateral

del fenómeno de la radicalización (en EE.UU primero, en Brasil después) de la derecha. La aparición de la idea de una “guerra cultural” que llega a Brasil en 2013, ya había sido ensayada en EE.UU por Nixon, movilizandole la “Envidia *blanca*” contra la cultura negra y la lucha contra la guerra de Vietnam. Actualmente, los amigos de Milei que traducen esta guerra como “batalla cultural” también han logrado provocar un desplazamiento desde la política (denunciada como parte de la casta) hacia la moral y hacia lo que llaman la *cultura*. ¿Qué logran en ese desplazamiento? En primer lugar, sellar la substracción de la economía de toda discusión real, en segundo lugar, una apelación a la familia y a las micro-sociedades para que actúen como compensadores de una privatización general de la desinversión pública en las funciones de reproducción social y, en tercer lugar, una justificación de la violencia represiva.

- El año 2013 es clave en Brasil. La secuencia entera es la siguiente: Si la crisis financiera de 2008 agotaba los términos de una polarización entre el ala conservadora y la progresista del neoliberalismo, abriéndose la posibilidad de una salida radical, fue del ala conservadora de donde con mayor eficacia se desprendió una tendencia extrema que logró acusar de “globalista” al extendido arco de la izquierda, el progresismo, y liberalismo moderado. El movimiento de protestas en junio de 2013, reprimido por el PT, fue uno de los costos que debió pagar el gobierno de Lula por aferrarse a la vieja polarización y obtener a como dé lugar la victoria electoral de Dilma. Pero el costo mayor de no introducir reformas izquierdistas entre los años 2008 y 2013 fue su incapacidad de contener luego el ascenso del bolsonarismo. Según Nunes, la derecha bolsonarista no actuó polarizando, sino tironeando. La diferencia es ésta: en lugar de dos polos luchando por conquistar el centro, la derecha extrema se desentendió de toda preocupación por armar mayoría y solo se preocupó por mantener su propia base, confiando en que el centro -cansado de hablar contra los extremos- actuará de modo anti-izquierdista.

Aprendizajes

Lo primero que pienso, al repasar esta enumeración que extraigo del texto de Nunes, es que la política democrática o progresista se *impotentiza* -autorizando el giro fascistoide de las derechas- cuando renuncia a darle

una articulación específica a las tragedias de la época. Quiero decir: es cierto que la desigualdad social global, la creciente precariedad laboral, la imponente intervención de las tecnologías de la comunicación y las guerras en Europa y Medio Oriente son factores determinantes de traumática asimilación. Pero también lo es que las opciones que las fuerzas políticas democráticas y populares tienen frente ellas no puede partir sino de darle curso transformador a los sentimientos antisistema que circulan en buena parte de la población. La constitución un suplemento subjetivo que articule una lectura de la serie de las catástrofes en favor de una fuerte mutación en las *fantasías sociales*, que abran el cerrojo a la transformación que las clases dominantes declaran imposible, es decisiva. Y se alimenta, sin dudas, de las fuerzas progresistas -México, Colombia o España por caso (y Brasil mismo)- resisten la extensión del brutalismo más que de los progresismos envueltos en la retórica de la imposibilidad. Pero el desafío, puesto que concierne a las *creencias colectivas* (prácticas efectivas), desborda las opciones de política convencional.

Cada uno de los factores que favorecen el brutalismo viene de lejos y trasciende la geografía nacional, adoptando forma política específica según diversas capacidades de las fuerzas que actúan en cada país. Asumiendo esta doble articulación global y nacional (o regional), pero también aceptando que no es sólo desde la política convencional que estos desafíos pueden encontrar una comprensión diferenciada, quisiera sobre el final repasar algunas operaciones orientadas a superar el sentimiento de fatalidad argentina frente al estado de cosas, con la intención de imaginar de otro modo nuestras fuerzas en la coyuntura penosa que nos toca atravesar.

--*militancias capaces de crear un diagnóstico propio*. Bajo el nombre de *investigación militante* (u otros), contamos con una tradición que mixtura y supera en un sentido político no convencional. Mas que el investigador profesional académico, y el militante de partido, esta tradición busca elaborar un tipo de saber específico: un *saber que crea organización política*. Esta co-investigación -que liga saber y organización-, en la medida en que atraviese la realidad de los sujetos sociales inmersos en la producción de la vida colectiva, está en condiciones de producir diagnósticos nítidamente diferenciados a aquellos que provienen de organismos internacionales de crédito y de burocracias internacionales como estatales. El conflicto que esta diferencia supone es estratégica. Porque el saber que crea organización propone también un lenguaje ético-político que viabiliza

una prioridad de lo vivo -comunidad/naturaleza-, por sobre los modelos hiperformalizados que parten de esquemas globales puramente informacionales. El trazado de un saber que crea organización política desde abajo -un diagnóstico- supone, por tanto, una intervención en dirección a mejorar la posición específica de los sujetos que producen riqueza social en sus propias circunstancias -escuelas, fábricas, barrios, empresas- y también a plantear problemas macro políticos a partir de una nueva decisión de impulsar políticas públicas que favorezcan la apropiación que esos sujetos politizados están en condiciones de hacer de tramos crecientes de la producción económica/reproducción social.

--*Contra-efectuación e institución.* Contra la mera adaptación de las tendencias "actuales" que proviniendo del mercado mundial deberían aplicarse de modo directo en la Argentina, -adaptación por otra parte muy problemática, puesto que el actual gobierno solo acepta leer las tendencias más reaccionarias que provienen hoy del eje EE.UU-Israel-, la *contra-efectuación* es -como indica Constantin V. Bounda- un modo de "contra-actualización de lo actual", que no consiste en rechazar los acontecimientos del presente sino en someterlos a una evaluación rigurosa sobre los términos convenientes de su efectuación. Se trata de desenmascarar la pretensión colonial según la cual los acontecimientos de las ciencias, la técnica, la información, la comunicación, la guerra y las finanzas deben imponerse linealmente como si ellas vinieran impuestas por un único jugador del juego. Desenmascarar tal pretensión supone someterla a *crítica*. Pero crítica no es rechazo, sino evaluación de funcionamientos posibles en condiciones concretas. Una *contra-actualización* sería una confrontación de funcionamientos sobre la base de una evaluación de las posibilidades de encuentro entre los acontecimientos de la hipermodernidad y un marco de jugar más complejo, en donde la dinámica comunitaria participa de modo activo provocando modificaciones, desplazamiento y contra usos. Ni aceptar, ni rechazar: contrapropo-ner. Buscar expresiones adecuadas de esos acontecimientos por medio de una fuerte intervención política tendiente a instaurar nuevas relaciones entre mundo de la información y mundo de los procesos vitales.

--*Enemistad no esencializada.* Si comenzamos hablando de *enemistad* fue ante todo para remarcar, no la instancia del enfrentamiento identitario como dadora de sentido. Sino todo lo contrario: una instancia situada de lucidez indispensable que surge no de "pasiones tristes" sino de recobrar el saber organizado de aquellas fuerzas que

permanecen desacreditadas y oprimidas en la situación actual. Cuando se asume la enemistad no a partir de identificaciones *esenciales* (como hace toda teología política, toda derecha, para quienes siempre hay un facto a eliminar: "migrantes", "extranjeros", "delincuentes", "piqueteros", "kukas", "zurdos", "homosexuales", "comunistas", etc.), sino de problematizaciones radicales, no se busca el enfrentamiento en abstracto, sino detectar y contrarrestar las agresiones a las fuerzas democráticas que en todos los niveles tienen a fijar de modo unilateral las imposiciones dictatoriales de los mercados. Walter Benjamin reconoció la importancia de esta idea de la *enemistad* bajo la forma de un saber propio de la tradición de los oprimidos. Dicho de otro modo: sino podemos establecer los criterios de una nueva y situada enemistad (y un nuevo modo de desplegarla), y comprender desde ahí cómo organizar los términos de encuentros compatibles con la existencia -lo que supone nuevos mecanismos de delimitación entre campos de práctica enfrentados- tampoco podremos entonces fijar los términos de nuestra propia defensa ante el brutalismo, ni evaluar los medios políticos prácticos, de ejercerla. En esas condiciones, se hará mucho más difícil recomponer un movimiento de reconstitución de sentidos para la vida. El *fascismo* que hoy enfrentamos no se parece al fascismo histórico, forma política de la primera mitad del siglo XX. Pero no por eso es menos fascismo, si lo consideramos como parte de un capitalismo que precisa para funcionar oscurecer percepciones y despojar los cuerpos de su aptitud para crear orientación, disfrute y suavidad. El brutalismo en el poder arrasa con todo, incluido con los lenguajes con los que podríamos elaborar el rechazo a las masacres y despojos más escandalosos.

--*Maquiavelismo desde abajo.* Bolsonarismo y mileísmo, con sus diferencias, suponen una reorganización capitalista de las mediaciones de arriba hacia abajo. Como ya mencionamos, esa reorganización toma la forma de una reasignación de poder en detrimento de aquellas regulaciones que se juegan en la institución pública respecto de aquellas que se delegan a la esfera privada (explotación pactada en términos puramente mercantiles). Estas nuevas mediaciones suponen también una humillación del centro político y un desafío al universo de las izquierdas. Queda planteada la cuestión de si para salir de este escenario se precisa hacer -como en Brasil- una nueva alianza del centro derecha hacia las izquierdas, o bien de acelerar la creación de una nueva radicalidad social que, desde abajo y a la izquierda, sea capaz de tensar las formas políticas en una dirección contraria, forzando nuevos escenarios. Si la salida viene

por el lado de la recomposición de la represión electoral, sobre los escombros del desastre, o a partir de la disputa de esos sentimientos antisistema que la derecha extrema envuelve en una profiláctica falta de fe en toda transformación. Una nueva combinatoria electoral, que logre sacarse de encima el mote de la casta, y logre invertir el resultado del 2023 o bien un nuevo extremismo que intente modificar la ecuación entre desesperación popular y cuestionamiento a los pilares de un capitalismo neo-extractivo y rentístico que solo promete pobreza, desposesión y cadáveres a nuestra gente.

Presentimiento

Hace unos años Rita Segato publicó un texto sobre lo que entonces llamó “el espectáculo de la masacre del pueblo palestino”. En el texto en cuestión, titulado “Del grito inaudible a la lucha inevitable”, se afirma que ese espectáculo es también el de la “decadencia moral y jurídica de occidente”. La autora explica cómo intenta gritar y cómo a pesar del intento el grito no se oye. Y

no se oye, piensa, por el carácter fragmentado de las existencias. La inaudibilidad, afirma, supone la caída en la incomunicación, y de una atmósfera totalitaria, propia de un “estado de sitio mediático”. No deja de resultar sugerente el planteo de un Estado de excepción que suspende la comunicación “el grito”, su “audibilidad”, por medio enteramente mediáticos. El espectáculo de la masacre se opone así al proceder de los Nazis, o del terrorismo de Estado argentino. Para Segato, lo realmente perturbador es un genocidio vuelto espectáculo. Lo vemos, nos horrorizamos pero no tenemos palabras capaces de frenarlo. Si la fuerza bruta envilecida, sorda y bruta, no admite regulación, solo traerá fuerza bruta como reacción. Su texto tenía mucho de anuncio o premonición. O de presentimiento, que es una forma de conocimiento de aquello que sin haberse actualizado puede sin embargo ya sentirse. Si el espectáculo tiene por objetivo neutralizar la reacción ante lo que se exhibe quizás el presentimiento activa algo anterior de lo humano ante el desastre, algo como un aviso de incendio o una fuerza capaz de reaccionar, de ir al rescate, un llamado a actuar ante el desastre.

Bibliografía

- Adorno, T (2009), "Estudios sobre la personalidad autoritaria", en *Escritos sociológicos II, vol 1*, Ed Aka.
- Benjamin, W (2021) *Tesis sobre el concepto de historia*. Ed Alianza
- Berardi, F (2024) "Brutalismo supremacista libertario-capitalista", Blog Lobo Suelto.
- Bounda, C (2007) "Las estrategias diferenciales"; en Beaulieu Alain (coordinador), *Gilles Deleuze y su herencia filosófica*, Ed Campo de ideas - Piglia, R (2017) *Crítica y ficción*. Ed Debolsillo
- González, J (2023) *El loco*. Ed Planeta.
- Hauser, I (2023) *Muerta o presa*. Ed Planeta.
- Horowicz, A (2023) *El kirchnerismo desarmado*. Ed Planeta.
- Nunes, R (2024) *Bolsonarismo y extrema derecha global* Ed Tinta Limón.
- Rozitchner, L (2015) El espejo tan temido, en *Escritos políticos*, Ediciones de la Biblioteca Nacional.
- Segato, R (2022) *Escenas de un pensamiento incómodo*. Ed Prometeo.
- Seman, P (2023) *Comp Está entre nosotros* Ed SXXI.
- Stefanoni, P (2021) *La rebeldía se volvió de derecha*. Ed S. XXI.